

de sí á Eugenio, loco de deseos, loco de amor. Porque Luisa estaba segura de que su amante tenía por la cantadora una pasión frenética... De lo contrario no la habría engañado...

—¿Verdad, Rip?

Al oír su nombre, en medio de la noche, el clown se volvió hacia el lecho y vió á su amiga, incorporada, con los cabellos despeinados y con los ojos brillantes de fiebre, sosteniéndose penosamente contra las cortinas.

—¿Qué?

—Nada... nada... una tontería... Tengo miedo de volverme loca...

Rip soñaba en sus propias penas pasadas, en la austriaca que le había hecho sufrir el tormento del engaño, en su razón perdida durante dos semanas...

La bailarina murmuró:

—Tengo sed...

Después de beber, preguntó, tratando de sonreír:

—¿Verdad que nunca has sufrido tanto como yo?

—Sí; mucho más.

Y sin saber si era para consolarla ó para des-

ahogarse, contóle con todos sus detalles la trágica historia de su matrimonio.

—¡Pobrecito!—murmuró Luisa al final, besándole las manos con gratitud.

III

—¡Es extraordinario!—murmuró el director de Maravillas, cuando Rip-Rip le hubo referido la anécdota pasional de la víspera—¡es extraordinario!

Después, como hablando consigo mismo, continuó:

—Y lo más triste es que en ese asunto el único que sale perdiendo soy yo... Porque la chica no querrá volver al concierto, como es natural.

—De ningún modo—dijo el clown.

—Pues peor para mí.

Sentado en su butaca directorial, ante una mesa llena de papeles multicolores, con la pipa entre los labios y el entrecejo fruncido, Roccario trataba de hallar un expediente cualquiera para conciliar, al

menos por el momento, sus simpatías y sus intereses. «Sin duda—decíase—Ofelia es la que tiene la culpa de todo; pero al mismo tiempo Ofelia es el alma de mi negocio. Más de la mitad de mis parroquianos vienen con el exclusivo objeto de oírla cantar. Luisa es una chica lista, con gracia, con arte, buena bailarina y buena mujer. A Luisa, sin embargo, Noemí podrá reemplazarla, ayudada por Rosalba ó por otra cualquiera... Que no vuelva; aunque tenga razón. Yo lo siento mucho... ¡Ibamos tan bien!.. Y además no es difícil que dentro de algunos días, cuando el encono le pase, vuelva, mientras que si dejo que la cantadora se me escape, todos mis rivales se la disputarán... Lo mejor en estos casos es esperar... Lo único que me embaraza es lo que debo decir á Rip-Rip, para que no se incomode... ¿Que decirle? ¡Por la Madona!»

Al fin se decidió y, adoptando el tono de guasa:

—Mira—le dijo,—si logras encontrar un medio de conciliación, le enciendo un cirio al santo de tu nombre, que es San Rip, según creo.

—Ninguno...

—¡Bribonazol!.. Lo que quieres es que la chica no salga de tu cama... Bueno; pues guárdala algu-

nos días para dejar lucir la luna de miel, y luego, cuando amanezca, tráela de nuevo, que en viniendo contigo siempre será bien recibida... Ya yo había notado que te gustaba mucho... Vamos... ¿lo niegas?... ¿Y cuánto tiempo vas á tenerla secuestrada?...

El payaso no respondió. Si siempre las bromas relativas á su amor por Luisa habíale parecido de mal gusto, ese día antojábansele casi macabras y casi sacrílegas, como si la bailarina fuese para él un objeto digno de veneración... ¿Queréala? Sí, sin duda la quería; quería con toda su alma; quería más que nunca había querido á mujer ninguna; pero no cual á las otras, sino con un amor respetuoso, en el cual el misticismo y la piedad entraban en partes iguales para formar un afecto lleno de ingenua ternura. ¡Queréala más que si fuera su hija ó su hermana, más que si fuera su novia, mil veces más que si fuese su mujer!... Porque la quería sin estar celoso; sin que nada en su conducta le pareciese censurable; no viendo en ella, en suma, sino la belleza sublime del dolor... La quería muchísimo...

Roccario reía, guiñando el ojo y figurándose que cuando el clown no contestaba, era porque no tenía nada que contestar.

—¿Verdad que he dado pie con bola?—preguntó al fin.

—No—concluyó Rip, despidiéndose secamente.

IV

Al entrar en su casa, la criada le dijo que Luisa dormía aún.

Eran las cinco de la tarde. La alcoba del clown, sumida en una obscuridad completa, parecía un horno apagado, en el cual la respiración rítmica de la llama hubiese persistido. Desde la puerta, oíase el ligero resoplar, monótono y angustioso, de la mujer que dormía.

—¡Pobrecita!—murmuró Rip.—Dejémosla descansar...

Y con objeto de no interrumpir la quietud de la hora vagando nervioso por las habitaciones, diri-

gióse hacia el comedor en donde una plataforma artificial, embutida en la ventana, formaba un balconcillo propicio á los largos ensueños de las tardes estivales. La calle lucía como un ascua. El disco rojo del sol, en su ocaso, ocupaba la entrada de la calle, llenando de intensos resplandores de incendio el horizonte y haciendo brillar las vidrieras de las casas vecinas con luces de cristal tallado. Todas las superficies lisas adquirirían mil facetas ante el monstruoso reflector de oro y de púrpura. Una brisa ligera, cuyas alas no estaban ya entumecidas por los interminables escalofríos de la primavera parisiense, una brisa tibia y tenue, hacía palpitarse, con latidos casi humanos de resurrección y de vida nueva, las banderolas tricolores de los edificios públicos. En el ambiente diáfano, por encima de los techos oscuros, la claridad constelábase de puntos de carmín y de esmeralda, infinitamente pequeños é infinitamente sutiles, que ondulaban, cual miriadas de ideales insectos, en el éter crepuscular.

Rip-Rip sentíase dichoso. Y para gozar de la belleza de la tarde, para bañar en luz su alma lacerada, para emparar de efluvios germinales todo su

ser melancólico, cerraba los párpados haciendo muecas infantiles y luego los abría más que nunca ante el sol, decidido a mirarle frente a frente, con osadía de águila.

...Sentíase dichoso, sin saber por qué, y al mismo tiempo experimentaba un vago remordimiento, como si su íntima bienaventuranza fuese un insulto al dolor de su amiga.

—«¡La pobre sufre!»—murmuró tratando de enternecerse, de recobrar su gravedad habitual, de no hacer gestos de niño, de no embriagarse en la orgía de luz purpúrea y de aire fresco a que se entregaba. —«¡La pobre sufre!» Pero imposible; no podía entristecerse, gozaba; y para no gozar dirigíase amonestaciones mentales, diciéndose: «Hoy como ayer, tú no eres sino un payaso bastante viejo que no tienes motivo ninguno para estar contento de la vida. Antaño, no digo que no hayas sido digno de ser envidiado; pero desde que dejaste de ser gimnasta para convertirte en hazme-reír, todo te ha salido mal. Mira hacia atrás: tu existencia es un tejido de desgracias. Las mujeres te engañaron, y los

hombres no te hicieron sino daño... ¡Eres muy digno de lástima, te digo!»

A pesar de tales sermones, su alma seguía gozando. El sol inmenso, siempre encarnado, siempre inmóvil, parecía reclinarse sobre el techo de la última casa para no hundirse en el vacío. En el firmamento, las nubes blancas y traslucidas cabalgaban con rapidez en pos del gran astro, dejando percibir el azul claro del fondo al través de sus diáfanos velos, y formando, al correr, monstruos multiformes y fantásticos, de grandes brazos sinuosos y de cabelleras interminables. Rip-Rip sonreía entre tanta luz.

De pronto una duda vino a preocuparle. «¿Estaré alegre—se preguntó—porque la siento a mi lado, porque duerme en mi lecho, porque perfuma mi nido con el aroma de su cuerpo?» «Tal vez»—respondióse. Pero luego, ahondando, sutilizando, haciéndose creer que su gozo en ese caso sería logrado a costa del dolor ajeno y que sería un gozo casi sensual, trató de decirse que no. «Estoy alegre—se dijo—porque he dormido bien, porque he almorza-

do con apetito, porque he hecho una buena acción; nada más que por eso.» Sólo que ni había almorzado apenas, ni había dormido más de dos horas. Y en cuanto a la buena acción... «¡Ten cuidado!» —murmuró en su memoria la voz estridente de Ofelia.

Entonces quiso moverse, y se volvió hacia el comedor. Luisa estaba allí, en pie junto a la mesa central, contemplándole de lejos con sus grandes ojos hundidos.

—¿Tú aquí?— exclamó el clown.

—Sí. Creo que he dormido mucho.

—No mucho. Te acostaste anoche a la una, y ahora deben de ser las cinco y media de la tarde: unas diez y siete horas nada más...

En realidad la bailarina no había logrado dormirse sino al medio día.

Rip la preguntó, estrechándola la mano y conduciéndola hacia el balcón:

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor, sí.

Dijo «sí» por no apenar a su amigo cuya solicitud la confundía; pero, en realidad, sufría de un

modo más cruel que la víspera, con más conciencia de su desgracia, ya sin valor para tomar grandes determinaciones, sin lágrimas que derramar y atormentándose con mentales pesquisas para colegir desde cuándo principiara su amante a engañarla. En el egoísmo de su pena, hubiera querido conocer todos los detalles de la traición. Una curiosidad dolorosa llevábala a excitarse la memoria con objeto de considerar de nuevo todos los actos de Eugenio desde el día en que se conocieron.

Al fin preguntó:

—¿Fuiste hoy al ensayo?

—Sí... Es decir, estuve en Maravillas cinco minutos con el director.

—¿Y...? ¿Y los demás?...

En vez de responder, Rip-Rip díjola, señalando el sol cuyo disco rojo principiaba a hundirse tras los techos lejanos:

—¡Mira qué lindo!

Luisa se apoyó en la barandilla del balcón y permaneció silenciosa ante el claro infinito. Otros cielos más clementes y más bellos, contemplados

mucho tiempo antes, surgían del fondo amargo de su memoria. Un pliegue, casi imperceptible, crispaba á cada instante el arco finísimo de sus labios. Su rostro estaba pálido, ya no con la palidez marmórea que todos elogiaban en ella, sino con un matiz enfermizo de marfil antiguo. En sus pupilas apagadas lucía á intervalos, con fuegos misteriosos de zafiro, una chispa de cólera, que iba á ahogarse, apenas encendida, en la humedad de los párpados.

«¡Pobrecita!—pensó el clown viéndola de soslayo—¡Pobrecita! ¡Pobrecita!...»

V

Vegetando con lamentable inconsciencia de flor enferma, la bailarina veía transcurrir las mustias horas sin darse cuenta exacta del sitio en que se hallaba. Ningún objeto atraía su atención en el asilo que la amistad la proporcionara. Lo único que, de vez en cuando, durante los penosos insomnios de la noche, captábale la atención, era una co-

rona de laurel dorado que lucía frente al lecho del payaso sobre el fondo cerúleo de la pared. Su vista prendíase á las hojas áureas, mientras su imaginación seguía revoloteando lejos, muy lejos, en torno de la llama devoradora que consumía su existencia silenciosa de mártir del amor.

Rip solía decirla:

—Es necesario que salgas, que te muevas, que tomes el sol, pues de lo contrario te vas á enmohecer. ¿Quieres que te mande buscar un coche? ¿Quieres que te lleve al teatro? ¿Quieres ir á comer á un restaurant del boulevard?

—No.

La pobre no quería nada. En medio de su gran desgracia, sentíase tranquila en la intimidad del clown, cuya solicitud mimosa la hacía pensar en su madre.

¡Su madre! Varias veces, en los instantes de cobardía psicológica, cuando el alma busca un refugio lejano, había pensado en ella, implorándola mentalmente como otras imploran á la Virgen. ¿Por qué no iba á buscarla? Por orgullo, porque habiéndola

escrito tres cartas llenas de ternura, en sus días de felicidad y no habiendo recibido respuesta á ninguna de ellas, creía que era inútil, y á más de inútil humillante, implorar de nuevo un perdón antes no obtenido.

Resignada á la soledad, ocupaba sus largos días en vagar por las habitaciones, yendo de la alcoba al comedor y tratando de entretenerse en frívolas labores domésticas. Cuando, por casualidad, tomaba un libro cualquiera y trataba de leer, sorprendíase al cabo de algunos minutos con el volumen cerrado entre las crispadas manos y la imaginación fuera del tiempo y del espacio, acariciando á los fantasmas asesinos de su amor.

...Y los días pasaban sin que ella saliese del aturdimiento de su caída sentimental...

Muy á menudo, al despertar, ya muy tarde, después de haber dormido durante algunas horas con

sueño nervioso y visionario, sentíase dolorida, como si acabara de recibir una paliza.

Nada la entretenía: ni el sol que iba á posarse todas las tardes frente á sus balcones, cual una inmensa águila de oro; ni las plantas con que Rip-Rip adornara la alcoba; ni las canciones callejeras que, por la mañana, subían desde el patio, en vuelo ligero é ingenuo...

Cuando hablaba consigo misma, no podía menos de decirse:

—¡Sufro mucho, mucho!

VI

Un día, después de comer, Luisa preguntó á su amigo:

—¿Por qué no ha venido Noemí?

—No lo sé—repuso el clown poniéndose pálido.

Y era que, en realidad, Noemí había tratado de ver á su amiga sin que el clown, egoísta cual todos

los locos, se lo permitiera. Rosalba también la hubiera visitado con benévola alegría.

—¡Hace mall!—murmuró Luisa.—¡Para lo que yo he de vivir!...

—¿Todavía piensas en morir?

—No, no pienso en nada; pero siento que algo me lleva hacia otro mundo... ¿Te parezco ridícula?

—¡Bobal!... Yo te quiero con todo el corazón.

En efecto, la quería con todo el corazón, y aún más que con el corazón. Queríala de un modo primitivo é inconsciente, de una manera casi incestuosa, diciéndose á sí mismo que su alma enamorada era un alma paternal, y tratando luego de rozarse á ella, de respirarla como una flor, de ocupar los sitios en donde ella había estado... Queríala con sensualidad secreta y piadosa, con egoismo instintivo, alegrándose de que Eugenio y Ofelia siguieran durmiendo juntos, deseando que nadie entrara en su casa, rogando á la Providencia que todo siguiera así... ¿Como?... No lo sabía... así: en un dudoso idilio de lágrimas, de pereza, de modorra sensitiva, de cobardía psíquica, de cariño filial,

de ingenuidad melancólica, de somnolencia consentidora... Así pues...

A veces, cuando ella se levantaba, él iba hasta la cama deshecha y, sin darse cuenta de lo que hacía, besaba devotamente las almohadas aún impregnadas por el perfume de su cabellera, murmurando:

—¡Pobrecital... ¡Pobrecital!...

Una mañana entró en la alcoba de su amiga más temprano que de costumbre.—Luisa acababa de levantarse. En el reducido espacio de la estancia, flotaba un aroma embriagador de carne femenina, de senos jóvenes, de sexo rubio. Con las ventanillas de la nariz dilatadas, respiró durante algunos minutos en la atmósfera enloquecedora. Poco á poco, sus pupilas llegaron á nublarse y sus sienes acabaron por palpitar con latidos febriles: el lecho estaba allí, tibio aún del calor del cuerpo amado, con un hueco esbelto, en el centro, que parecía el molde de las formas de Luisa. Sin darse cuenta de su acto, el clown se desnudó rápidamente y se metió en el lecho, en el mismo sitio donde Luisa había reposado... Luego salió huyendo, con

fuso y medroso, olvidando sus prendas de vestir, y al llegar á la salita donde dormía, empapó en agua fresca una sábana y se envolvió en ella...

VII

Luisa sufría siempre, sin lograr darse cuenta de la naturaleza verdadera de su dolor. Sufría de un modo nostálgico, recordando con sonrisas de cruel ternura los días de oro de su muerto oaristis. Sufría sin tener el consuelo de odiar á los que la hicieron daño. Sufría humillándose, creyendo que su amor había sido vencido por otro amor, en leal palestra de gracias y de caricias. Sufría como sufren las madres que han perdido á un hijo, y que se creen inútiles en la vida por carecer de lo único que las hacía vivir.

Sólo de vez en cuando, en momentos de nerviosidad exaltada, la imagen de Ofelia aparecía ante ella; aparecía desnuda é impudica, riendo con risa faunesca, con las piernas abiertas y los ojos

enrojecidos, casi fea y, sin embargo, atrayente; odiosa y dominadora, sardónica y lujuriosa, enseñando las encías, levantando los brazos, sacudiendo la áurea melena, simbolizando, en fin, la diabólica belleza de las estatuas venéreas. Aparecía llevando detrás de sí á Eugenio que se arrastraba, que gemía, que suplicaba...

Y entonces Luisa, siempre buena y siempre amante, elevaba á la ciega Providencia una oración en favor del que tanto daño la hiciera, creyendo que él también era muy desgraciado, y atribuyendo á misteriosa y cruel hechicería el arte seductor de su rival triunfante...

VIII

—¿No quieres salir, Luisita?

Una tarde, después de comer, dijo por fin que sí, por condescendencia.

Pero, ¿á dónde ir?

—Al teatro—propuso Rip.